

Campeón de la Lucha de Clases

Don Joe tenía unos ojos brillantes, como de veinteañero. Se veía frágil pero no lo era: de hecho, llegó a los ochenta y cinco llevando una rutina que hubiese agotado a cualquiera con medio siglo menos de edad. Don Joe. Así llamaba yo al doctor Joseph Keckeissen, un estoico hermano salesiano, un académico de primera y, sobre todo, un Profesor donde los hubo. Cómo lo echo de menos.

Estas líneas, sin embargo, no son una remembranza de las lecciones que nos brindó en sus últimos meses, como la de la dignidad en el sufrimiento y el hacer que este sea fecundo, sino más bien constituyen una evocación de un padre, un abuelo, un amigo, un mentor, a quien amé con todo mi corazón y que me amó de vuelta. Porque tenía una capacidad de amar extraordinaria: a la generosidad y refinamiento de su espíritu solo pudieron comparársele la brillantez de su mente y la gentileza de su personalidad.

Me gustaba observarlo en el salón de profesores de la UFM, absorto en su lectura del *Wall Street Journal* y de los periódicos nacionales. A veces arrugaba sus cejitas blancas al punto que casi se tocaban una con la otra, y luego decía “Oh boy!”, o algo por el estilo. Era magnífico verlo ante una de las computadoras, escribiendo sus propios correos electrónicos y navegando en la red. Era un asiduo de los sitios en internet del Mises Institute

(Ludwig von Mises fue para él lo que él es ahora para tantos, un maestro venerado) y del Acton Institute (organización que promueve el estudio de la compatibilidad entre fe religiosa y filosofía de la libertad). Daban ganas de tomarle una foto: no dejaba de causar admiración ver al hombre casi de la *Belle Epoque* usar con soltura la tecnología del siglo veintiuno.

Vestía siempre de negro, pero de lóbreguez nada. Es más, si algo lo caracterizaba era su alegría. A menudo tarareaba canciones, propias o ajenas. Porque no solo sabía de economía, administración, finanzas, teología y arte militar (fue artillero y paracaidista del ejército estadounidense), sino también de dramaturgia y música. Escribía las obras con que sus estudiantes celebraban el aniversario de su querido mentor Mises, en las que por cierto la cerveza era vitoreada como “el bien máspreciado”.

Cuando llegaba el momento de ir al aula, con su simpático acento gringo, proclamaba: “Es hora de ir a la lucha de

Karen Cancinos es licenciada en Ciencia Política por la Universidad Francisco Marroquín, y profesora del Centro Henry Hazlitt de la misma universidad (karenc@ufm.edu).

Este artículo fue publicado originalmente en el diario *Siglo XXI* (Guatemala, Abril 8, 2011), p. 18.

clases”. Me llamaba “amiga”. Con mi entonces prometido lo invitamos a nuestra boda, pero con su habitual franqueza nos dijo que no le gustaban las fiestas porque las encontraba muy ruidosas. A la Misa hubiese asistido de buena gana, pero se celebró en día sábado, y los fines de semana él daba sin falta su lucha de clases en Quetzaltenango, donde residía. Así nos lo aclaró, y su carita se iluminó con una sonrisa divertida. Ese sentido del deber ya era un regalo en sí mismo. Pero como si eso no hubiese sido suficiente, nos dio su bendición, y nos dijo que su obsequio para nosotros sería orar por nuestra felicidad.

El 3 de abril de 2011 acabó su carrera, finalizó su buena batalla. Partió a recibir la corona de gloria con que el buen Señor obsequia a quienes le aman. Espérenos allá, don Joe, y sosténganos con su intercesión.